

BONDI

BONDI
MARINA ARIAS

Primera edición septiembre 2017

La Plata - Argentina - Indoamérica

Este es un trabajo impulsado por Club Hem Editores

Colección Narrativa Sinfonía Emergente #14

Fotografía de portada:

Corrección y Edición: Francisco Magallanes

Diseño de colección: Agustina Magallanes

agustinamagallanes@gmail.com

Coordinación de la colección: Leonel Arance y Francisco Magallanes

franciscomagallanes@hotmail.com // leoarance@hotmail.com

Comunicación: Leonel Arance

Club Hem Editores

e-mail: clubhem@gmail.com

Facebook Club Hem Editores

Tel.: (221) 421-2946

Diag. 78 #506 La Plata. Argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso escrito de la editorial.

Todos los derechos reservados.

UNO

Esta novela empieza con Jimena, aquella amiga incondicional de Mariana, insistiendo con que la acompañe a una milonga:

—Vos estás en pedo, Jime, ¿no fue el tango, ya? Me suena a una onda de hace como diez años.

—En el canal hay tres productoras que conocieron tipos yendo a aprender tango. Haceme la pata, dale.

—No sé, boluda... Me tira para abajo el tango sabés. Y encima bailar...

—Bueno, no bailes. Pero dale, por favor, Mari. Necesito conocer a alguien para terminar de sacármelo de la cabeza. Van a hacer diez meses, ya...

Mariana la mira. No tiene idea de a quién está aludiendo Jimena. Para ella, la última historia de amor de

su amiga fue hace por lo menos cinco años. Evidentemente, y como siempre, no prestó atención a lo que le contaba. Por eso, para cambiar de tema rápido, se escucha decir:

—Bueno, dale. Pero tiene que ser un día que Christian se pueda encontrar con Tato. No quiero que coma solo en casa, pobre.

Tato y Christian siguen siendo tan amigos como cuando compartían oficina en la fundación. También como en aquella época, el tesorero sea probablemente el hombre más infiel del mundo y Christian siga siendo la mejor tapadera con la mujer. A Mariana eso le hace gracia y cuando lo ve siempre le dice:

—Una de cada cuatro salí a comer con Chris de verdad, gavián. Ponete las piletas, dale. La vida no es sólo garcharte cuanta minita te cruces.

Tato se ríe y pide perdón con un gesto de las manos. A Christian esa complicidad entre su amigo y su mujer siempre le despierta una alarma. Pero enseguida se olvida.

DOS

Así que el martes siguiente ahí están Mariana y Jimena cruzando un portón negro detrás del que un gordo que rebalsa un pupitre por los cuatro costados manosea dos talonarios de diferente color y una pila de billetes arrugados. Les pregunta si van a tomar la clase. Mariana piensa si no estará a tiempo de llamar a Christian y esperarlo en la puerta. Pero Jimena saca la billetera y dice que la clase, sí, van a tomar la clase.

Cruzan una cortina de tiras de plástico.

A Mariana le cuesta acostumbrar la vista a la oscuridad. Cuando lo logra, se da cuenta que es una pista enorme bordeada por mesas viejas y sillas de muchos estilos que parecen recogidas de la calle.

A volumen bajo, suena “Esa estrella era mi lujo”. Jimena señala uno de los parlantes y dice contenta:

—Mirá, Mari: para vos.

—Una birra bien fría, eso quiero —dice Mariana.

Avanzan hacia la barra. A excepción de una mesa chica, en la que hay dos gringas de anteojitos que están siendo abordadas por un tipo de treintipico —zapatos profesionales lustrosos y un estado capilar que Mariana no alcanza a distinguir si es gel o falta de lavado— sólo una larga está ocupada. En una punta hay dos mujeres que parecen de la edad de Mariana y Jimena pero están vestidas como si hubieran salido de una foto de anticuario de San Telmo. En la otra, que está en penumbras, hay dos tipos comiendo una picada.

—Me quiero tomar el palo —dice Mariana mientras se acoda en la barra y le hace un gesto a una moza que está concentrada en charlar con el tipo de la registradora—. Esto es un pijazo, gata.

Con la edad, Mariana no sólo no mejoró en absoluto el lenguaje, sino que además de incorporar todo el slang de los hijos, desde que trabaja en un ente de limpieza del Riachuelo empezó a mezclar palabras que escucha por ahí, lo que provoca que muchas veces no se le entienda nada.

Jimena comprueba que alrededor nadie haya escuchado:

—Es temprano. Pidamos una cerveza, Mari, dale. Me dijeron que después de la clase se pone bueno.

—Boluda, ¿por qué no vinimos más tarde, entonces?

—Porque no tenemos ni idea de cómo se baila, Mariana. Tenemos que aprender lo básico. Y parece que esta clase es buenísima, además.

—Me tira para abajo el tango, ya sabés —dice Mariana mientras chequea el grupo de whatsapp de la familia al que Sofi le acaba de cambiar el nombre por “Modern family”: Facundo dice “jaja” por el cambio y avisa que Dani ya lo dejó en casa, y Nahuel dice que no, que el domingo tampoco pueden ir a almorzar porque tienen el cumple de una amiga de Vera.

Mariana pone una manito de “ok”.

De Christian no hay mensaje.

No está en línea desde hace media hora.

TRES

—Me empezó a mandar mensajes a cualquier hora, un garrón —Tato pincha un langostino empanado—. Man, probá esto, no sabés lo que son. Y entonces cambié el número con la excusa de los secuestros virtuales y me hice humo.

—Capaz se había enamorado, ¿no? —dice Christian mientras se sirve agua.

—Nah... Qué enamorarse, si tiene más batallas que Mambrú, esa pendeja... Se obsesionó, no sé qué onda. El tema es que todas las mañanas cuando prendía el teléfono encontraba como siete llamadas. Y ahí pensé “warning”, porque viste que Fabiana cada tanto me revisa el teléfono... nunca cumplió lo que prometió en la terapia aquella.

—Bueno, vos tampoco cumpliste tu parte, ¿no?

—Cualquiera, man: yo me porté como un santo casi seis meses. Pasa que a Fabiana le llena la cabeza Inés. Después del moco tuyo, Inés se volvió re paranoica.

—Mariana no fue “un moco”, Tato. La prueba es que seguimos juntos...

—Sí, es verdad... —Tato asiente, pincha otro langostino y Christian se da cuenta de que ya está pensando en otra cosa.

Pero él no.

¿Que hayan pasado siete años y siga con Mariana es prueba de algo? Si no se hubiera reencontrado con Mariana en Facebook, ¿no estaría cumpliendo diecinueve de matrimonio con Inés? Cada vez que le surge esa duda, Christian se dice que Mariana y él hubieran terminado juntos de cualquier modo. Que el final de la historia está escrito desde que se conocieron en la secundaria. Pero cada tanto sospecha que esa es una lectura demasiado inverosímil para alguien tan inteligente como él y demasiado cerrada para alguien tan imprevisible como Mariana.

CUATRO

—¿Tienen idea de qué se come acá, chicas? —pregunta uno de los dos tipos a los que Mariana está segura de haber visto con una picada hace una hora, antes de que la milonga se llenara.

El tipo corre una silla y se sienta a la mesa.

Jimena le sonrío y dice que ellas estaban por pedir unas empanadas. Mariana lo mira desconfiada. Por el rabillo del ojo ve que el otro se está arrimando también:

— ¿Vos y tu amigo no se mandaron una picada hace un rato, loro?

Jimena la mira con odio.

—¿“Loro”? Es buena ésa, no la había escuchado nunca, ¿de dónde la sacaste?

—y el tipo se ríe, y Mariana nota que cada cinco segundos repite un movimiento con el cuello.

Dentro de unas cuantas páginas, el otro tipo le va a explicar que eso es un principio de algo que se llama “tourette”, y que es involuntario. Eso va a pasar en una conversación después de un polvo que ocurre en una segunda cita.

Pero para eso falta mucho todavía.

Porque esta no es la historia de una infidelidad ocasional de Mariana. Tampoco de una aventura. Mucho menos de un romance que arrase con todo.

Es un relato que termina con Mariana bajo la copa de uno de los árboles de la terraza del dúplex con su amigo Luis, quien con una mano en su bastón y un Campari en la otra, mirará los techos de las casas de enfrente antes de decirle: “cuando uno pasa los cuarenta se da cuenta *de verdad* de la finitud de la vida. Entonces, te cruzás con algo y te parece superintenso, especialísimo, y te desesperás porque sentís que es el último bondi a Finisterre. Después te das cuenta que hay más bondis. Nunca es el último bondi.”

Pero para eso falta más todavía.

Por ahora Mariana está en la milonga respondiéndole al tipo del movimiento involuntario del cuello que “loro” la usan los pibes de los barrios donde trabaja. El otro tipo

va a parecer interesado al preguntarle a qué se dedica, pero mientras ella explique que es algo parecido a una trabajadora social, el del tourette va a asentir exageradamente interesado, como si ella estuviera contando que trabaja en la NASA. O sea: la trata como si fuera una nena de cinco años.

Entonces Mariana va a dictaminar que el chabón del tourette es un forro.

En los próximos meses va ser sólo un tema de conversación con Hernán —ése es el nombre de este tipo que viene a complicar su historia: “Hernán”; se lo dijo hace un rato, pero por ahora va a seguir siendo “el chabón amigo del que mueve la cabeza raro”—, sólo un tema de conversación posible cuando alguno de los dos quiera cambiar de tema. Hernán, para no contestar qué quiere de la relación. Mariana, para no asumir eso mismo.

En esta primera conversación, los dos tipos se convierten en Hernán y Ariel: pediatras, trabajan juntos en un hospital, viajan bastante, saben navegar veleros y les encanta. Mariana va a pensar que ese último detalle los convierte en dos chetos giles. Pero en el fondo le va a resultar atractivo.

Después ellas toman la clase de tango.

La clase la da un pelilargo cincuentón que parece no haberse bañado en semanas y que cada diez minutos,

con la excusa de buscar el tango perfecto para la figura que quiere mostrar, se mete en la cabina y sale más duro que una mesa.

Los pediatras no toman la clase. Ya saben bailar y lo demuestran más tarde con las dos mujeres que parecen de un anticuario de San Telmo. Saben bailar, y muy bien. Por eso Mariana se niega a salir a la pista con alguno de los dos. También se niega a que les inviten una cerveza. Jimena sí sale a bailar, una vez con cada uno. Y al rato en el baño le dice a Mariana que no sea mala onda, que Ariel está bueno:

—¿Ariel es el que mueve la cabeza todo el tiempo?
—dice Mariana.

—El alto —dice Jimena chequeándose el maquillaje en el espejo gastado.

—Por eso, boluda, ¿no viste que hace como una cosa con la cabeza?

—No, Mariana, no le vi eso.

—Es un forro, además.

Y Jimena suspira. Porque un dictamen de Mariana es un dictamen de Mariana.

Aunque cuando vuelven del baño es Mariana la que encara para volver cerca de Hernán y Ariel.

La noche termina con el rechazo rotundo de Mariana de que las alcancen con el auto y la insistencia de Her-

nán para que intercambien las direcciones de mail porque ellos no usan facebook ni whatsapp.

—¿Sabés por qué es eso? —dice Mariana cuando el taxi arranca y mientras busca su celular en el bolso—. Porque son altos piratas, esos causa.

Jimena la mira intrigada:

—¿Cómo “causa”? ¿No dijeron que eran pediatras?

Como viene pasando, la mitad de las palabras que usa Mariana a Jimena le resultan inentendibles. Pero además lo que ahora no entiende Jimena es por qué Mariana le dio el mail a ese Hernán, entonces.

CINCO

Los siguientes cuatro días vuelan. Mariana se olvida de la milonga y de los pediatras porque al organismo del Riachuelo llega una conducción nueva. “Entraron a las patadas, como en todos lados”, putea Mariana. “Como se dice que hacen en todos lados”, la corrige Christian cada vez que la escucha decir esa frase. Y cada vez que la corrige, Mariana casi grita:

—Boludo... ¿qué sabés vos si estás en esa facultad del orto que viven adentro de un tupper? Es un desastre lo que están haciendo. Estamos al horno, corte que vas a ver.

Una de las veces, la discusión es en mitad de una cena en la que está Nahuel porque se va a quedar a dormir, y Nahuel dice:

—Ma... Dos cosas... Una: te estás comiendo las boludeces que dicen en la tele. Dos: dejá de hacerte la pendeja usando los términos de los pibes.

—A todo esto, ¿vos por qué estás acá, nene? —dice Mariana ofendida—. ¿Qué pasó con Vera, a ver?

—Es complicado, má.

Mariana busca los ojos de Christian que le contesta con un gesto de no tener la menor idea de lo que está pasando.

Cuando terminan de levantar la mesa, Nahuel se ofrece a lavar los platos. Mariana se va a la terraza a fumar y Christian prepara café.

—Estuvimos tres veces con una piba medio amiga de ella y ahora se enroscó un toque, la chabona. Es eso: dice que está medio enamorada —le cuenta Nahuel con la confianza que empezaron a compartir aquella tarde en que Nahuel le abrió la puerta de la casita de Villa Luro, una semana después de que Christian reapareciera en la vida de Mariana después de dieciséis años, y un mes antes de que se escaparan todos en el auto de Christian a Puerto Pirámide.

Nahuel se termina de secar las manos con el repasador, Christian lo sigue mirando con la boca abierta.

No sabe si lo que siente es asombro, lástima o una envidia inagotable. No sabe si la envidia es por la

experiencia concreta de Nahuel o por esa tranquilidad que, desde que volvió a dar clases en la facultad, descubrió que no era mérito exclusivo del hijo de Mariana sino generacional. (“¿El mes que viene se te termina el contrato de alquiler y no sabés dónde vas a vivir?: vamos viendo”, “¿Te queda un final y aunque te saques un diez el promedio no te va alcanzar ni para entrar a limpiar los baños del CONICET?: vamos viendo”, “¿Arrancamos para la fiesta en la casona?: vamos viendo”, “¿Capaz que tu novia con quien vivís hace dos años es lesbiana?: vamos viendo”).

A la edad de Nahuel él ya llevaba dos años doctorándose en Holanda y fue por entonces que con Inés viajaron a Buenos Aires a casarse. No tenía tiempo ni respaldo para “ir viendo”, piensa y por un segundo se ampara como siempre en su condición de huérfano de padre. Pero esta vez siente, como una piedra en el pecho, una duda: ¿no tenía respaldo, o vivir con más libertad le resultaba impensable?

¿Mariana habrá sido su “vamos viendo”? ¿Habrá sido eso lo que lo enamoró de ella? ¿Fue un “vamos viendo” en el fondo controlable y previsible?

Entonces se da cuenta de que está usando los verbos en pasado.

SEIS

Al quinto día después de la milonga, Mariana abre su mail en una de las computadoras de la oficina de coordinación del ente y entre los siete sin abrir encuentra uno de ese Hernán.

Hasta dentro de cuatro páginas Hernán va a ser “Ese Hernán”.

Después va a ser “Hernán”.

Cerca del desenlace de la historia, el apelativo de este personaje podrá ser “el forro”, “el narcisista” o incluso “el subnormal”.

“Subnormal” lo va a escribir Jimena en un whatsapp a las cuatro de la mañana y la palabra va a hacer que Mariana llore, por primera vez después de meses, de risa.

Ahora sobre el escritorio de Mariana vibra el celular: Christian que le recuerda que la madre llega a Ezeiza el otro jueves a las once de la noche y que va a necesitar el auto.

Al año de vivir juntos, Mariana aprendió a manejar y sacó el registro. Pero siempre se negó rotundamente a tener un segundo auto. La excusa fueron siempre los gastos fijos y que a ella no le molestaba viajar en subte o colectivo. El motivo real fue un “ah, forrita... ¿viste que al final te ibas a aburguesar?” de Dani cuando vio la cédula azul del auto de Christian. Lo concreto es que, desde entonces, el que siempre queda a pata es Christian. Mariana no es consciente de nada de todo esto. Lo que le rompe las pelotas es que Christian le haga de chofer a la madre. La detesta igual que cuando tenían quince años. Igual no: más. Quizás es por eso que en lugar de contestarle el whatsapp abre el mail de Ese Hernán.

“Nada, un piernucho, boluda, olvidate”, le va a decir a Jimena cuando se junten dentro de siete páginas aprovechando el happy hour de una cervecería artesanal. Pero ahora, apenas termina de leer “ya sé que no te gusta el tango, elegí el lugar vos, te mando un beso”, se tira para atrás en la silla, termina de arrancarse un pellejito del pulgar, y en la cara se le dibuja una sonrisa entre intrigada y desafiante.

SIETE

Un polvo raro con Christian y una apreciación del Chavo en un improvisado festejo familiar por el cumple de Nahuel son suficiente para que Mariana termine contestándole el mail a Ese Hernán y arregle un encuentro.

Todo en setenta y dos horas.

El polvo raro en realidad no es raro.

Lo que le resulta raro a Mariana es darse cuenta de que Christian está raro.

Y lo que lo hace estar raro a Christian es darse cuenta, de golpe, que podría adelantar el relato de cada movimiento de cada uno de los dos en los diez minutos que les está llevando acabar. Antes de acercarse a Mariana por debajo de las sábanas, podría haberlo relatado todo.

Igual acaban. No es de esa clase de insatisfacción de lo que va esta etapa de la historia de Mariana y Christian.

Mariana se separa del cuerpo de Christian con molestia. Una molestia que, si Christian se animara a señalar, ella negaría a muerte; no por mentirle sino porque todavía no sabe que está molesta. Lo único que sabe es que de golpe tiene ganas de fumar después de haberse lavado los dientes. Y que eso no le pasaba desde hace veinte años.

El Chavo, la apreciación la suelta el viernes mientras recorre con la vista el interior de la heladera y Mariana trata de despegar de la asadera un pedazo de empanada quemada:

—Lo que pasó, flaca, es que cuando se murió tu mamá vos te volviste miedosa.

La apreciación del Chavo es en respuesta a un comentario cómplice que Mariana acaba de hacer:

—Yo qué sé, Chavo... Pensábamos que la vida iba a resultar otra cosa, ¿no?

La apreciación, para el Chavo, es algo que contestar mientras sigue mirando si detrás de los frascos y los tupper no habrá quedado una cerveza.

Para Mariana, es el filo de un cuchillo en el medio del estómago.

OCHO

La noche que Christian va a buscar a la madre a Ezeiza, Mariana queda para encontrarse con Ese Hernán en un bar ochentoso que ella elige porque es en la otra punta de la ciudad.

Cuando baja del colectivo, media hora tarde como de costumbre, se acerca al bar por la vereda de enfrente y estudia un momento al tipo, que eligió sentarse junto a una ventana y tamborilea los dedos sobre la mesa.

Parece bastante normal.

Mariana piensa que a pesar de que Jimena le dijo que no se hiciera la pelotuda, existe la posibilidad de que ella sólo le haya caído bien y Ese Hernán quiera ser su amigo. Entonces una rubia cruza la puerta vaivén. Y cuando termina de pasar al lado de su mesa, Ese Hernán se da

vuelta para mirarle el culo. Mariana trata de distinguir un taxi en la avenida: está a tiempo de volver y esperar a Christian para ver juntos un par de capítulos de una serie con la que están enganchados. Entonces Ese Hernán la descubre del otro lado del vidrio y la saluda con una inclinación mínima de la cabeza. Mariana se hace la que no lo vio y mira hacia la otra esquina. Cuando vuelve a mirar de frente, Ese Hernán está cruzando hacia ella con las manos en los bolsillos del jean. Apenas pisa la vereda la mira con el gesto de un nene indefenso y le dice: “no me digas que al final me ibas a dejar plantado. Una cerveza y te volvés a tu casa, te lo juro”.

Mientras tanto, Christian espera a metros de la puerta de los arribos. Contra una columna hay una pareja apenas más joven. Él la abraza por la cintura. Ella cierra los ojos y suspira.

Después se dan un beso de lengua.

Christian mira para otro lado. No puede evitar preguntarse cuánto hace que Mariana y él no se besan por la calle: probablemente desde la vez que escucharon que Sofi le decía a Facu por lo bajo que eran unos asquerosos. ¿Cuatro años? ¿Cinco? Ante el comentario de Sofi, Mariana soltó una carcajada y amagó un falso coscorrón para cada uno. ¿Y en privado? ¿Cuánto hace que no se besan con ansias de encontrar la lengua del otro? ¿Cuán-

to hace que cuando tienen sexo recurre a imágenes de otras mujeres? Entonces en medio de un contingente de japoneses distingue a una anciana lidiando con el carrito de las valijas.

Hace sólo dos semanas que no ve a su madre, pero tarda tres segundos en reconocerla.

Los tres segundos que Christian tarda en reconocer a su madre son los mismos que le llevan a Mariana decidir que si lo citó y el chabón vino, una cerveza y ya, qué puede pasar por tomarse una cerveza con Ese Hernán. Y durante la próxima hora y media su histeria va a tenerla convencida de que lo que está haciendo es conocer a un amigo nuevo. Entonces Ese Hernán va a insistir con alcanzarla aunque sea un tramo con el auto, “hasta donde vos quieras”, le va a decir levantando las cejas en ese gesto inocente que Mariana ya descubrió como su *leit motiv*.

También descubrió que ese gesto le gusta.

Mucho, le gusta.

Tanto como le va a gustar el beso en un semáforo que va a hacer que “Ese Hernán” pase a ser, durante seis meses y hasta el clímax de esta novela, “Hernán” a secas.

NUEVE

Gracias a la luz intermitente del televisor Mariana ve que Christian, a pesar de estar sobre una pila de almohadas y aferrar el control remoto, duerme profundamente. Por un momento, piensa en despertarlo, decirle que lo ama y confesarle que se acaba de encontrar con un chabón, como si en esto también pudieran ser cómplices, como lo son desde aquel mes de febrero en que él intentaba ayudarla a preparar Física y Biología de Tercero para no repetir Cuarto de nuevo mientras ella hablaba de cuanto chabón hubiera conocido por ahí ¿Eran los mismos cuando viajaron a Pirámide y él le cortó la cara para irse a Europa? ¿Quiénes eran los dos que finalmente se reencontraron con gran parte de la vida en una mochila no muy transportable y empezaron a recorrer juntos lo

que les quedaba por delante convencidos de que eso era el “verdadero amor”?

Ahora no sabe si ella pensó la cuestión como se merecía.

De lo que está segura es de que la de Christian fue una decisión segura y terminante.

Si pudiera entrar en la cabeza de Christian se enteraría de que hace tiempo que Christian también viene dudando de todo.

Pero Mariana es incapaz de meterse en la cabeza de nadie.

Por eso, lo que hace es aplastar un sentimiento de culpa que podría servirle de alerta, con excusas estúpidas como que en un abrir y cerrar de ojos va a llegar a los cincuenta, que en las arrugas del cuello ya se le notan, que ya no le dicen cosas por la calle, que cuántas veces más se va a cruzar con un chabón al que ella le guste, y que desde cuándo es una mina fiel, ella...

“Desde que se murió tu mamá y te volviste miedosa”, le resuena la apreciación del Chavo.

Entonces va a pensar, “miedosa, la garcha” y va a seguir por el pasillo en puntas de pie.

En el camino comprueba que tras la puerta cerrada de su cuarto Facu también está dormido. Entra al baño, traba la puerta y se mira en el espejo. ¿Le cae bien Hernán?

¿Cuánto tiempo le dijo que salió con la otra hasta que la mujer lo descubrió? Tres años. ¿Un chabón fiel para la infidelidad? Mariana se sonríe y se aprieta las mejillas.

Faltan muchas camas para que en una le caiga la ficha de que cuando la mujer le encontró todos los mails, Hernán propuso hacer terapia de pareja y seguir juntos en casas separadas. Aunque él se lo acaba de mencionar al pasar en esta primera cita. Y para asumir que a aquella amante Hernán no la vio nunca más, faltan muchas más todavía.

Pero antes que nada hay que meterlos juntos en la primera.

DIEZ

A la semana Hernán la está esperando en una esquina apoyado en su Corsa gris. Mariana termina de llegar, avanza para saludarlo y él corre la cara para que sea sólo un beso en la mejilla. Mariana se vuelve a preguntar si en realidad no estará confundida y lo que este chabón quiere es ser su amigo. Una oreja para todos los problemas con la ex que está re loca. Eso le contó el otro día: la mujer se volvió loca, le hackeó el mail, revisó todo, inclusive la correspondencia entre Hernán y su madre —este último detalle a Mariana le hizo ruido pero Jimena le dijo que se dejara de joder y no lo analizara tanto, si lo que quería era un amante; eso era lo que ella misma había dictaminado: “lo que quiero es la experiencia de ‘un amante’, ésa no la hice nunca, un par de citas y fue”—,

encontró los correos de la otra y lo cagó a trompadas a pesar de cargar con ocho meses de embarazo.

Dentro de un tiempo Mariana va a revisar todo ese relato y va decidir que en todo caso el que la volvió loca a la ex fue Hernán. Y dentro de más tiempo aun, ni siquiera va a estar segura de que tan “ex” es la ex.

Pero ahora Hernán le está sacando despacio el bolso del hombro, lo está tirando en el asiento de atrás, le está abriendo la puerta del acompañante y Mariana está sintiendo un calor en todo el cuerpo.

No podría decir si Hernán le gusta o es pura adrenalina por la situación.

Sería el momento de gritarle que no suba, que dé media vuelta, y que si está necesitando emociones fuertes planifique un viaje por Medio Oriente.

Pero los personajes como Mariana no escuchan advertencias y detestan ese tipo de viajes.

Por eso lo que hace es acomodarse en el asiento con una media sonrisa, y cuando Hernán pone primera, aceptar la propuesta de ir a la casa de la madre, donde vive desde que la ex lo echó. “Ella está de viaje, la casa es súper cómoda, podemos charlar tranquilos, tengo un vino que te va a encantar”.

Todo chamuyo. Qué chabón.

ONCE

Mientras Mariana se deja sacar el jean por Hernán en la cocina de la casa de la madre, Christian trata de hacerle entender a Facu qué son los logaritmos y que es verdad que no le van a servir para nada pero que igual lo tiene que saber para aprobar. “No seas salame, Facu, llegar a marzo con el culo en la mano como hacía tu vieja es un bajón”, dice tratando de sonar canchero. Facu lo mira como si en lugar de cerebro tuviera un maní. Christian vuelve a pensar cómo puede ser que Facu sea tan opuesto a Nahuel. En realidad, lo que piensa una vez más es cómo le salió a Mariana un hijo tan responsable como Nahuel, que a los veinticuatro no sólo está por recibirse de abogado sino que logró meterse en el Ministerio y lleva más de dos años de convivencia con Vera.

A Mariana lo que le vuelve con cada embestida de Hernán contra la mesada es la pregunta de cuándo fue la última vez que tuvo sexo como ése con Christian. Y un segundo antes de acabar tiene una certeza horrible: nunca.

Con los meses esa certeza se va a ir diluyendo en dudas hasta convertirse en una confusión pasajera.

Pero ahora, antes de incorporarse, Hernán le dice que no puede creer lo hermosa que es. Linda, linda, linda.

¿Todo chamuyo? Qué chabón.

DOCE

Acá el tiempo se suspende.

Mariana surfeando entre la vida cotidiana y los encuentros con Hernán, que cada vez son más frecuentes y riesgosos.

Un hotel boutique en San Telmo. Varias noches en la casa aprovechando que la madre de Hernán tiene muchísima vida social. Un telo en Floresta. Intercambios de sms y chats furtivos siempre interrumpidos por silencios abruptos y largos de él. Dos mañanas en una esquina de Villa Urquiza para darse unos besos. La madre fue profesora de Filosofía en dos universidades prestigiosas. Más de una pizza con cerveza en barrios alejados. Hernán insiste con que tiene que haber escuchado el nombre, es bastante conocida en el mundo académico, la madre.

Otro telo en Palermo. Si ve una foto seguro que la ubica, estuvo varias veces en programas de televisión.

En el medio, cambia el gobierno y el mundo se vuelve un infierno para todos los personajes de esta historia.

En realidad para todos no: en esos meses Hernán se va tres veces a congresos de pediatría europeos y aprovecha para navegar por el Mediterráneo. Insiste con que alguna vez ella tiene que ir con él, que le va a encantar. Mariana siempre le contesta “ni en pedo, chetito de velero”.

Y una vez, cuando él intenta explicarle para qué sirve un traje de neoprene, lo manda a la mierda.

Después se va a dar cuenta que las invitaciones de Hernán fueron siempre al regreso, nunca cuando estaba planeando el viaje. Pero en esos meses va a creer que están enamorados.

En la cama él le va a repetir una y otra vez que la ama. Que estar adentro suyo es lo más lindo del mundo. Que ella es todo.

Todo. ¿Chamuyo? Qué chabón...

Hasta que a Mariana se le cruza la idea de que lo único que les falta es la libertad para verse donde quieran y cuando quieran. Y que con Christian está todo perdido. “Ya fue con Chris, Luisi”, le va a decir a Luis una tarde en que se juntan después de meses: es que Mariana lo viene usando de coartada para encontrarse con Her-

nán. Luis no lo sabe. Esa tarde Mariana está a punto de contarle todo pero a último momento se arrepiente y le dice que con Christian la relación está desgastada por los años, sí, pero que además no sabe si alguna vez estuvieron enamorados. Luis la va a mirar afilando los ojos rodeados de arrugas, se va a frotar la barbilla y va a preguntar:

—¿Seguro no pasa nada más, reina?

—Posta, Luisi. Bah... más allá de todo lo otro.

—Sí, claro, obvio —dice Luis y el gesto de su mano reafirma que no es necesario que Mariana le vuelva a detallar los problemas laborales que la rodean: su ente del Riachuelo no existe más y la trasladaron a un centro de día en la villa del Bajo Flores pero no sabe hasta cuándo; a Nahuel los del Ministerio le bajaron el sueldo y no le dan nada para hacer; Christian está acorralado por un sinnúmero de investigadores que ante el achique de becas, la desaparición de proyectos y el corte de subsidios se atrincheran en la Facultad para justificar cargos y sueldos.

—Obvio, claro, sí —repite Luis.

La mira una vez más. Después llama a la moza.

Cuando pasen los meses, Mariana va a recordar ese café y va pensar que si le hubiera contado todo a Luis capaz se hubiera evitado lo que se está por desencadenar en el próximo capítulo.

TRECE

Un sábado a la mañana Mariana mete en un bolso tres remeras, un jean y varias bombachas, y mientras se pone la campera a los tirones le vuelve a decir a Christian que necesita tiempo. “Y distancia, Chris, me va a estallar el cerebro, si no”. Después manotea las llaves del auto y abre la puerta. Antes de terminar de irse se da vuelta y lo mira seria:

—El auto no lo necesitás, vos, ¿no? Porque lo de Jime es medio trasmano para estar yendo a buscar a Facu, ¿viste?

Christian siente como si le hubieran dado un palazo en la nuca.

Mariana volvió a ser la Mariana adolescente. La Mariana que podía perder cuatro horas en copiar un tatuaje

de una foto de Lenny Kravitz pero era incapaz de concentrarse en un libro. La Mariana sin rumbo. La Mariana siempre caliente con cualquier hombre menos con él. No sabe dónde está ahora la Mariana que crio dos hijos casi sola, se reencontró con él cuando empezaban a bajar la cresta de la ola, dijo darse cuenta de que siempre lo había querido y planeó pasar el resto de la vida con él.

Lo único que sabe es que al parecer la madurez es una ilusión.

Y que esta Mariana desastrosa es la que lo vuelve loco.

La que siempre le gustó.

Por eso, los próximos días va a dedicarse a pensar alrededor de la siguiente paradoja: ¿cómo reconquistar a Mariana sin que se convierta en la mujer inofensiva que lo elige a él?

CATORCE

A Mariana, lo que Hernán le dice para que no se quede en la casa de la madre le va a sonar como una excusa bastante inconsistente. Pero no le va a decir nada.

En realidad, como ya se verá, Mariana —algo insólito en ella— a Hernán no lo va a bardear. Cosas como “PEDAZO DE FORRO EGOCÉNTRICO” se va a limitar a escribírselas por whatsapp a Jimena. Ese autocontrol va a ser mérito de unos cuartitos del alprazolam que toma su amiga para los ataques de pánico. Además, ese tipo de exabruptos recién los va a escribir dentro de cincuenta y nueve páginas. Por ahora ni siquiera va a necesitar apaciguar algún impulso: va a parecerle súper lógico que, aunque él esté solo porque la madre se fue por unos meses a Ohio con la familia del hermano mayor y se mueran

por dormir juntos todas las noches (“mi amor, mi amor, no hay nada más lindo que despertarme al lado tuyo”), esperen.

Dos por tres Mariana vuelve a pensar en esto: Hernán está separado hace casi un año: ¿no es cualquiera que todos los días después del trabajo cuide al hijo en la casa de su ex? ¿Y que se libere recién a la medianoche? ¿A qué hora se duerme un bebé de diez meses? Trata de hacer memoria. Pero no puede recordar nada de los primeros años de Nahuel ni de los de Facu. Si le dijeran que en cualquiera de esas dos épocas mató una persona y escondió el cuerpo, no podría asegurar que es una infamia. La llegada de sus hijos son dos blancos en su memoria. Dos agujeros negros en su vida. Y todo esto le da pudor y culpa. Por eso, y aunque en el fondo sea su primera gran desilusión en esta novela, le va a decir a Hernán que tiene toda la razón, que lo mejor es que ella se instale en lo de Jimena como le mintió a Christian que iba a hacer.

Esa es la conclusión después de terminar de coger en lo de la madre y de que casi al pasar le comente que acaba de dejar a Christian.

—¡Pero qué noticia, linda! —es lo primero que dice Hernán.

—¿Para vos es una noticia buena o mala? —le pregunta a Mariana mientras hace dibujitos con el dedo en su torso.

—Es una sorpresa.

—¿Pero una sorpresa buena o mala? ¿Te pone contento o no?

—Me pone contento, claro, ¿por qué no me iba a poner contento?

—Yo qué sé... Te podrías asustar, loro.

Hernán se ríe con ganas, como todas las veces en que Mariana usa alguna de esas palabras que escucha en el trabajo.

—No, para nada —dice después serio.

Levanta la cabeza para mirar la hora en el despertador y antes de decir que en media hora tiene que estar en casa (siempre se refiere así al departamento en el que viven su ex y su hijo: “casa”, pero Mariana no lo va a notar hasta que se lo haga notar Jimena dentro de cuatro páginas) va a dejar que Mariana diga que lo mejor es que ella se vaya por un tiempo a lo de su amiga.

QUINCE

Ahora ya es medianoche y Christian acaba de crearse un usuario en “amoronline.com”.

Todo empezó con una llamada de Dani para preguntarle si no quería sumarse al fulbito del lunes con los chabones, que justo eran nueve porque el Tuca la noche anterior se había pegado un palo con la camioneta otra vez. Nada grave, una boludez en la muñeca, pero por unas semanas no podía jugar, el nabo. Y entonces Christian hizo un silencio largo y después se escuchó decir: “Mariana se fue, Dani”.

—¿A dónde, che?

—A lo de Jimena.

Al escucharse, a Christian se le despertó por primera vez una sospecha y se apuró a agregar:

—Creo. Por unos días, se fue.

—¿Cómo? —gritó Dani—. ¡Pero qué forrita, esta mina! ¿Qué pasó?

—Nada pasó — dijo Christian y alcanzó a pensar que en esa ausencia de conflicto podía estar la clave del desastre—. Me dijo que necesitaba tiempo y espacio. Qué sé yo...

—¿“Tiempo y espacio”, te dijo? Cualquiera... ¿Qué? Tiene otro chabón...

Christian sintió un escalofrío: lo que acababa de decir Dani era lo más lógico. Pero aceptarlo era dar vuelta una página. Él no estaba listo para eso. Y en el fondo sospechaba que Mariana tampoco. Por eso mintió rápido:

—No, no: ella no. El que está un poco confundido soy yo.

Por todo eso ahora necesita conseguir a alguien: está seguro de que a pesar de que no le pidió detalles y le juró guardar el secreto, Dani es Dani: no va a tardar en contarle a Mariana.

Y sospecha que la idea puede funcionar.

El sitio se lo pasó Tato. “Man, posta, en ése está lleno de minitas desesperadas, vas a conseguir algún filo al toque”, le dijo con la boca pegada al celular para que Fabiana no lo escuchara desde la cocina. “Te dejo que están por llegar mis suegros y tengo que elegir el vino”. “¿Mal-

bec o sirah, mi amor?”, alcanzó a escuchar Christian en segundo plano antes de que Tato terminara de cortar.

“Hombre buscando mujer”, clickea. “Ponete un nick que no sea botón”, le explicó Tato. “Pero que suene creíble, sino lo único que vas a pescar son loquitas, ¿entendés?”. “¿Biolo 73?”, arriesgó Christian. “¿Pero cómo te vas a poner ‘biolo’, man, querés que te denuncien al administrador?”, le dijo Tato. Antes de que Christian pudiera explicar que pensaba en “biolo” con “b”, Tato suspiró con resignación y dijo: “ponete ‘Tian.ecologista’ y buscate una foto medio fuera de foco o de perfil, que no se te reconozca del todo, pero que se vea que tenés tu facha”.

Christian termina de crear el perfil. Siguió las instrucciones de Tato al pie de la letra.

La cantidad de contactos a los que les gusta inmediatamente es abrumadora.

Mientras tanto, en el grupo de whatsapp “Modern family” aparecen veinticinco comentarios nuevos de Nahuel, Sofi, Facu y el Chavo, después de que Dani pusiera un “Parece que Mariana se tomó el palo, ¿alguien sabe algo más?” como si Mariana y Christian no fueran a leerlo también.

Pero en este momento Mariana tira el celular en el futón sin leer ninguno de los comentarios y vuelve al balcón. Con Jimena van por la segunda cerveza.

A las nueve Hernán le escribió que recién salía de casa pero que lo habían llamado de urgencia del hospital así que se iba derecho para ahí. Que le mandaba muchosmuchosmuchos besos. Y que al día siguiente al mediodía había una comida en lo de la madre y “queremos que vengas”.

—¿Cómo que le dice “casa” adonde vive la ex, Mari?—dijo Jimena casi gritando cuando Mariana le leyó los mensajes—. ¿Y quiénes están incluidos en ese “queremos” de la comida?

Desde que pasaron los cuarenta, al segundo vaso de cerveza Jimena se indigna por cualquier cosa. Christian le explicó a Mariana que eso les pasa a muchas mujeres, que es hormonal y que lo ideal sería que Jimena no tomara más alcohol. Mariana nunca se lo dijo a Jimena. No porque no se anime, sino porque la divierten esos arranques de ira poco justificados de su amiga.

Pero éste no le causa ninguna gracia.

—No sé, boluda, dice “casa”, sí, la costumbre... ¿qué tiene?

—¿Sabés lo que diría mi terapeuta? Que inconscientemente sigue viviendo ahí, ese Hernán.

Mariana se queda mirando a una pareja que sale de una trattoria de enfrente y camina abrazada hacia la esquina. Piensa en decirle a Jimena que en los veinte

años que hace que acude a su consultorio dos veces por semana, esa terapeuta no le embocó ni una. Y que lo que ahora le pasa es que está celosa de lo que ella está viviendo con Hernán (“Hernán” a secas, nada de “Ese Hernán”, desde hace trece páginas y por un rato más).

Pero lo único que dice es:

—Y, calculo que el “queremos” serán él... y la madre... yo qué sé, boluda...

—Mmmm, todo muy raro —dice Jimena empinando otra vez el vaso—. Para mí en el fondo ese Hernán tiene un rollo con la madre... Vos estás segura que no te estás separando de Chris por este tipo, ¿no?

Mariana la mira. ¿Por qué habló de Hernán con Jimena cuando él no le importaba? Hasta se burló con ella del tamaño de sus orejas. Toda la vida se arrepintió de abrirle esas puertas a Jimena.

Ahora está enamorada.

O al menos eso cree.

¡Todo! ¿Chamuyo, qué? Chabón...

DIECISÉIS

—Bueno, ¡por fin conocemos a la dama de los jueves! —es el breve comentario de la madre de Hernán hacia Mariana, y lo más cercano a incluirla en la conversación durante toda la comida. Después sigue revolviendo una ensalada verde con dos paletas de madera diseñadísima-mente rústicas.

Si Mariana no ignorara cualquier cosa relacionada con la erudición se daría cuenta de que la madre de Hernán es un cliché de intelectual progre madura: pelo largo y completamente canoso sostenido detrás de las orejas, piel curtida por sol de quintas, estancias, y todo tipo de incursiones al aire libre, vestido liviano, y mucha bijou artesanal que sólo se consigue en lugares exóticos como a los que la madre viaja, siempre sin gastar un peso, siem-

pre invitada y usando “millas” (Mariana también desconoce cómo funciona lo del “millage”, Christian se lo quiso explicar miles de veces, pero el lugar más lejano al que ella fue en su vida es Puerto Pirámide, las dos veces, por tierra, y eso, inexplicablemente, le da orgullo). Pero como Mariana ignora —desde que aprendió a leer e intencionalmente— cualquier cosa relacionada con la erudición, la definición de la madre de Hernán que le va a dar a Jimena cuando vuelva a su departamento será “una jovata concheta infumable”.

A Hernán, en cambio, cuando están a solas en el pasillo, lo que le dice es “supercopada”. Dentro de unas páginas, Mariana se va a arrepentir de no haber aprovechado para señalarle que esa elección de dirigirse hacia ella como “Carmencita” en lugar de “mamá” era bastante rara. Pero Hernán sonríe satisfecho con su definición y Mariana decide cerrar la boca. Están a punto de besarse cuando desde el comedor se escucha la voz de la madre llamando a Hernán. Entre carcajadas, y en inglés, lo está llamando. Porque además de ellos y de otro matrimonio con dos hijas adolescentes conocidos de un hermano, a la comida vino un escritor sudafricano con un chico al que, por lo que Mariana alcanzó a entender, presentó como un asistente, pero ella reconoció al toque como un chonguito. Mariana notó en la mirada del chonguito que ha-

blaba español y que de inglés entendía poco y nada. Pero por cortesía hacia el escritor sudafricano toda la mesa se volvió angloparlante. Toda la mesa a excepción del chonguito, que se pasó las dos horas chateando con el celular sin disimular demasiado, y de Mariana.

Mariana empezó tratando de poner onda: ante cada intervención inentendible del resto buscaba la mirada de Hernán a la espera de una traducción. Pero el único gesto de Hernán hacia ella fue agarrarle una pierna por debajo de la mesa. Por lo demás, Hernán se dedicó a impresionar al escritor con aforismos y citas universales.

Al menos ese tipo de frases fue lo que le pareció a Mariana que debía estar recitando Hernán cada vez que cerraba los ojos concentrado.

Lo que le quedó clarísimo fue el brillo orgulloso de los ojos de la madre.

Hasta que terminó de aburrirse.

Entonces preguntó dónde estaba el baño —como si no lo supiera y como si no fuera evidente que sí lo sabía, “estuve re-siome”, le va a decir a Jimena dentro de tres horas.

Ahí es cuando Hernán le pregunta qué le parece Carmencita.

“Supercopada”.

Y antes de responder al llamado jocoso de la madre, Hernán le da un beso que es corto pero es dulce y va a hacer que Mariana se olvide de los detalles raros de esta escena durante unos cuantos capítulos más.

DIECISIETE

Después pasan dos semanas en las que Mariana cumple con las siete horas de trabajo en el centro de día y alterna entre ataques de rabia y de angustia. Hernán nunca le contesta los mensajes inmediatamente. Y sólo pueden verse los jueves, igual que antes de que ella se fuera de su casa (“Ni media ficha mueve este chabón”, le dice casi llorando a Jimena que ya empezó a mirarla con lástima).

La angustia, como sabemos quienes conocemos a Mariana, hasta ahora ha sido un estado anímico desconocido para ella. Pero con Hernán, sus clásicos “que se curta” hacia cualquier actitud del otro que no responda automáticamente a su deseo son reemplazados por los “¿me querrá posta?”.

Los “que se curta” van a volver, porque Mariana es Mariana, pero para eso falta.

En esas dos semanas, Christian, por su parte, chatea con cuatro pibas de *amoronline.com*, se pasa el whatsapp con dos y arregla para encontrarse con una.

La otra va a una cita con Tato pensando que es él.

Pero todo esto merece un capítulo aparte.

DIECIOCHO

El pub está repleto de gente joven que habla a los gritos.

Christian se sienta en una mesa larga con banquetas altas.

En una punta, dos pibes de treinta y pocos mantienen una conversación en la que, cada seis palabras como máximo, incluyen el verbo “comprar” conjugado en alguno de sus modos, tiempos y personas posibles. La otra punta de la mesa está ocupada por dos rubios que hablan en alemán y una morocha argentina que los escucha tomando su media pinta roja de a sorbitos. Por encima del vaso, la morocha dirige la mirada alternadamente a uno y a otro: no parece decidir cuál le gusta más. O por ahí está midiendo la posibilidad de acostarse con

los dos juntos, piensa Christian, y la idea le despierta una inquietud que pensaba que ya no podía sentir tan fácilmente.

¿Cuándo fue la última vez que se le paró con solo escuchar la voz de Mariana entrando al dúplex?

“¿Sabés cuál es nuestro problema?”, fue lo único que dijo antes de abrazarla cuando ella anunció que se iba a lo de Jimena por unos días. “Que siempre creímos que vos eras lo contingente y yo lo necesario”. Mariana lo miró sin entender. “Pero eso no era más que una fantasía: ni vos resultaste tan espontánea ni yo tan aburrido”. Mariana asintió con la cabeza, aunque además de incomprendible todo eso le resultaba impensable: lo único que le importaba en ese momento era que en media hora se iba a encontrar con Hernán.

Ahora pasaron unos días y a veces, cuando da vueltas en el futón de Jimena tratando de dormir, se le cruza por la cabeza la frase de Christian. Pero por ahora, cada mensaje de Hernán a la madrugada diciendo que recién salió de “casa” porque el bebé se mandó tres horas de siesta y no se quería dormir por nada del mundo, pero que le manda muchosmuchosmuchos besos, va a lograr que suspire, gire bajo las sábanas y sienta que no hay retorno.

Dentro de no tanto, esa sensación va a empezar a diluirse. Entre otras cosas gracias al viaje en velero de dos días hasta Uruguay en el que se va a embarcar con Hernán, la madre, y un psiquiatra medio pirado y medio enamorado de la madre, y que se viene dentro de tres capítulos.

De estos cambios de sentimientos de Mariana, Christian, no sabe ni supo nunca. Mucho menos sabe de Hernán. Ni lo va a saber: en eso es en lo único en lo que Mariana es prolija en esta etapa de su historia.

Lo único que sabe Christian es que ahora al pub acaba de entrar la piba de amoronline.com y está buenísima: la remera con la estampa de Bowie deja ver un hombro y sospechar que las tetas son grandes y firmes, y cuando, después de saludarlo y antes de sentarse a la mesa, vaya hasta el baño, Christian va a notar que bajo el jean apretado tiene un culo perfectamente generoso. “Para partirla como un queso... Contame, ¿grita en la cama, man?”, le va a preguntar Tato entusiasmado dentro de catorce horas.

DIECINUEVE

—*¿Y man? ¿Cómo salió lo tuyo? Ya te digo que lo de esa emauelle88 salió para el tujes.*

Christian tapa el celular y se ríe. Después carraspea:

—*¿Por? ¿Qué pasó?*

—*Porque al toque se avivó que yo no era vos.*

—*¿Cómo se dio cuenta?*

—*Y man, porque me empezó a hablar de libros y esas cosas, y yo hice agua mal. ¿Vos no te diste cuenta por el chat que era un ratón de biblioteca, esa minita? Resultó que el “emauelle” no es por la película ni por nada hot. Se lo puso por un filósofo, creo que judío, algo así. La cosa es que a la media hora atendió el celular, me dijo que el hijo tenía fiebre y se fue...*

Christian se aguanta la risa:

—Bueno, vos fuiste el que me dijo que eligiera una y te pasara a la otra.

—*See... Igual aproveché que ya le había dicho a Fabiana que volvía tarde y la llamé a la pendeja esa que te conté que entró en la fundación hace unas semanas. Divina, la pendeja. Y un bocho, además: te hubiera encantado laburar con ella.*

Muchas veces Christian se pregunta qué hubiera sido de su vida de no reencontrarse con Mariana. Si hubiera seguido su vida tranquila con Inés, la fundación y los subsidios en euros. Se lo pregunta todavía más desde que Mariana le pidió tiempo y espacio y le nació la sospecha horrible de que estaba en el mismo punto que siete años antes con Inés cuando se reencontró con Mariana.

Pero esta no es una de esas veces porque está ansioso por contar todo lo que pasó con Clara: ese resultó ser el nombre de la morocha de amoronline.com detrás del nick “claraoscural”.

Antes de que la moza volviera con una media pinta de la misma cerveza que estaba tomando él, Clara ya le había preguntado si ese día le había tocado dar teórico y le había contado que antes de salir para ahí había logrado terminar de aprenderse la letra para el ensayo del día siguiente. La información necesaria para entender este diálogo ya se la habían pasado por whatsapp. Habían

hablado mucho por whatsapp en esos días y a Christian le habían gustado todas las respuestas y comentarios de claraoscural: que era de Bariloche, pero se había venido a Buenos Aires a estudiar Psicología, que al final se había dedicado a la actuación y la carrera la había colgado. Que hacía un par de años había estado viajando durante nueve meses por Sudamérica.

Ahora Clara le estaba detallando su vida actual: vivía con dos amigas y un amigo en una casa medio destruida en Boedo, pero su cuarto estaba al final del patio, lo que hacía que, excepto en verano —pero eso no importaba porque ella en verano se volvía a Bariloche a juntar plata trabajando para el turismo— pudiera abstraerse del bardo de la casa. Todos tenían entre veinticuatro y veintiocho —y acá Christian tragó saliva: el perfil de Clara decía treinta y ocho, y hasta acá había supuesto que el secreto era que se mantenía muy bien—: era imposible que cada noche no hubiera alguien más alojado temporariamente y que la cosa no derivara, por lo menos, en unos temas punteados en una acústica. El amigo y una de las amigas tenían una banda. La otra se dedicaba al diseño de ropa y un sábado por mes convertía la casa en una feria americana.

Christian piensa que lo que debe hacer es pagar las dos cervezas, darle un beso en la frente y subirla a un taxi: veinte años le debe llevar por lo menos.

Pero Mariana acaba de dejarlo.

Y Dani en cualquier momento le va a ir con el chisme de que él anda con otra, y conociendo a Mariana como la conoce, eso puede ser la única oportunidad de salvar su historia.

Si es que todavía se puede. Y si es que quiere.

Además Clara ahora le está contando que después de tres años acaba de romper con su maestro: un dramaturgo lo suficientemente famoso para que Christian lo conozca y sepa que debe andar por los sesenta y largos. Que ella había descubierto que había empezado a dormir con otra alumna y que era evidente que a ella no la quería más. Que eso la había dejado destruida —“tres días de clonazepam y vino” dice con un gesto de confesión impostada que a Christian le resulta encantador—. Que por eso había entrado en amoronline.com: se lo había recomendado una de sus hermanas para que se distrajera un poco. La hermana también le había recomendado que para ahuyentar indeseables no dijera que tenía veinticuatro. “Pero vos me hablaste aunque el perfil decía que tenía treinta y ocho, eso me gustó de entrada”.

Entonces Christian le pregunta si quiere otra media pinta.

VEINTE

Después pasa un mes en el que Mariana logra que la gestión nueva le extienda el contrato, y que al parecer se olviden de su presencia en el centro de día y de su testaruda recorrida semanal de la barriada acompañada por un puntero desbancado en las elecciones. Christian se afilia a un gremio docente y da una clase pública en la vereda de la facultad. Dani no pierde oportunidad de decirle a Mariana por cualquier medio que está arrepentido de haber votado como votó. Y Mariana, la de contestarle que es un imbécil, que ella se lo había explicado de todas las maneras posibles.

Durante ese mes, además, Christian se queda a dormir en el cuarto de Clara casi todas las noches. A la mañana se toma unos mates con Lucho que es el único de la

casa que también madruga porque atiende el kiosco de una escuela. Y muchas veces, aunque Clara dice estar harta de todos, se prenden en las cenas comunitarias que consisten en algún guiso en base a restos de otro anterior y siempre derivan en trasnochada.

Christian siente que él también tiene veintipocos de nuevo.

Más que de nuevo, por primera vez.

Cada vez que pasa frente a un espejo le vuelve a caer la ficha: tiene casi cuarenta y cinco, y un tema para resolver con Mariana. Pero por unas páginas más va a espantar esta idea con una seca: a diferencia de aquel único porro que fumó con Mariana, Luis y Damián en el bar de Pirámide en el 92 y lo dejó medio inconsciente, las flores que fuman estos pibes le pegan re bien.

Durante este mes, además —y esto es un giro importante para la trama— a Dani se le escapa que al parecer Christian tiene “algo con alguien”. Mariana está al volante de la Suran en la puerta de lo de Dani. Dani está acodado en la ventanilla. Los dos esperan que Facu salga de una vez. Mariana lo va a llevar a almorzar antes de ir a entrenar. Es casi el único momento en que Mariana lo puede ver: del club siempre sale tarde y destruido.

Entender qué significa que Christian tenga “algo con alguien” a Mariana le lleva cinco segundos. Cuando lo

entiende, le resulta imposible. Cuando acepta la posibilidad, siente un frío en el estómago. Y se le aparece la imagen de Hernán riéndose. Detesta la risa de Hernán; desde la noche en que se conocieron dictaminó que era igualita a la de una hiena. Y lo primero que se le aparece cuando asume que Christian tiene “algo con alguien” es eso.

VEINTIUNO

Viajecito en velero. Una noche fondeados en Riachuelo, un puerto a veinte kilómetros de Colonia donde pueden hacer playa. Así le describe Hernán la sorpresa que estuvo preparando. Mariana no pregunta qué es “fondear” ni pide más datos, ni siquiera hace el comentario obvio sobre el pésimo nombre del lugar: está concentrada en encontrar rápido una excusa para zafar. Pero entonces Hernán dice “la vamos a pasar espectacular lindalindalinda” y le da uno de sus besos, y Mariana siente que se derrite y se escucha decir “qué bueno, mi amor”.

Todavía se ven los edificios linderos a la costa cuando confirma su sospecha inicial: embarcarse con Hernán, la madre y el psiquiatra medio pirado y medio enamorado

de la madre en siete metros y con un solo camarote podría estar entre las cinco peores ideas de la historia de la humanidad.

Porque el velero se atasca, y Hernán los manda a ella y al psiquiatra medio pirado y medio enamorado de la madre a que bajen para ayudar a sacarlo: hay que tener mucho cuidado con la orza, si le pasa algo a la orza van a perder el depósito. “Van a perder”, porque la sorpresa de Hernán incluyó una noticia: el alquiler del velero lo iban a pagar entre todos.

Recién son las ocho de la mañana.

El agua está revuelta. Y fría.

La madre cierra los ojos plácidamente hacia los primeros rayos de sol como si no pasara nada. Hernán grita que empujen desde estribor y Mariana lo mira. Hernán le señala con impaciencia el costado derecho del velero. Mariana siente una cinta gelatinosa rozándole un tobillo: a los saltos se sube de nuevo a la cubierta. Hernán forcejea con la vela de proa y le grita que les está haciendo perder estabilidad, que se baje rápido.

“Pará un poco”, piensa Mariana.

Pero no dice nada.

Cuando logran desencajar el velero, Hernán aúlla como un lobo.

A Mariana le encantan esas cosas de Hernán.

Que lo siguiente del festejo sea alzar a la madre todavía puede ser un detalle.

Pero durante las próximas setenta y dos horas va a sentir por lo menos tres veces el impulso de tirar a la madre de Hernán por la borda.

Y varias, el de decirle a Hernán “estás re-dejado, gato”.

Cuando Hernán termina de abrazar a la madre llama a Ariel para contarle que “recién varamos pero estuve astuto y lo saqué, che... sí, acá Carmencita no lo puede creer”. Y mientras sigue narrando a los gritos los detalles de “su” peripecia, lo que se le instala en la cabeza a Mariana es una pregunta: cómo puede ser que Christian ya tenga “algo con alguien”.

Hasta que Hernán corta, agarra su mano, le hace dar media vuelta como si estuvieran en una pista y la abraza por detrás. Después le da un beso en el cuello, y la huele, y suspira, y le señala con el mentón el sol que acaba de terminar de salir arriba de un grupo de nubes. Entonces Mariana cierra los ojos: la piel la vuelve a convencer de que está todo más que bien.

Aunque el velero se sacuda un poco.

VEINTIDÓS

Después son horas en las que el velero no para de sacudirse y Mariana lo único que hace es vomitar. La madre de Hernán cada tanto pregunta que cómo no sabía que era una persona para Dramamine. A Hernán se lo dice. Como si Mariana no escuchara, no entendiera o no supiera hablar. Hernán dice todas las veces “qué sé yo, Carmencita”. La última, además dice “bueno, cortala”. Y no queda muy claro si la orden es para la madre o para Mariana.

Pero al final el río se aquieta y el estómago de Mariana se recupera: al rato está abriendo su segunda lata de cerveza sentada en la cubierta. A su lado, la madre de Hernán abolla la sexta y el psiquiatra medio pirado y medio enamorado saca otras dos de la conservadora. La

madre se viene riendo a carcajadas por cualquier cosa y de golpe grita hacia el timón un “¿cómo era que se habían conocido? Me lo contaste en un mail pero no me acuerdo los detalles, Henry”.

Porque la madre de Hernán, a Hernán lo llama “Henry”.

Si a Mariana le interesaran los idiomas se preguntaría por qué, si ésa es la traducción de “Enrique”.

Pero a Mariana los idiomas le chupan un huevo.

Quizás también por eso esta curiosidad aparece recién a esta altura del relato.

Lo que sí le interesa a Mariana son dos cosas: el intercambio de mails entre Henry y Carmencita, un intercambio que hasta el momento desconocía, y el tono pícaro de la madre al decir la palabra “detalles”.

Lo primero le provoca celos.

Lo segundo, espanto.

Y como no puede admitir ninguna de las dos sensaciones, lo que hace es fruncir la boca como si estuviera chupando un limón y esperar la misma reacción por parte de Hernán.

Hernán lo que hace es saborear un trago tres segundos más de lo normal, sonreír de costado y soltar un “Carmencita, por favor” que a Mariana, más que hacerle sentir que su intimidad está a salvo, le hace sospechar que

la madre conoce hasta el color de sus bombachas. Pero entonces Hernán le guiña un ojo cómplice, le tira un beso sonoro y gira una de las ruedas del timón.

Y a Mariana, por lo menos durante unas páginas más, la alegría de Hernán la puede.

Por eso, cuando en un rato él fondee el velero, va a tratar de convencerse de que la idea de meterse en una cosa a la que le dicen “mar” pero es marrón, tiene una espuma dudosa y el fondo patinoso le resulta tan genial como a él y como a la madre (el psiquiatra medio pirado va a estar en el camarote durmiendo la mona).

La madre se levanta el pelo con un palito oriental, se desliza por el borde del velero hasta el agua y bracea decidida hacia la costa sin dejar de soltar grititos de euforia.

Hernán se saca la remera de un tirón y se zambulle de cabeza.

Cuando vuelve a la superficie lo hace con un tobillo de la madre en una mano. La madre se queja y lo reta, y sin dejar de reírse le tira agua hacia la boca.

Si este relato fuera una historieta, aquí habría una viñeta detalle de los ojos de Mariana.

Henry y Carmencita, y la reconcha de su putísima madre.

Hasta el insulto resulta absurdo.

Si Mariana supiera cómo, ahora sería el momento de levar anclas y tomarse el palo.

Pero esto último le va a llevar un poco más de tiempo que un curso intensivo de timonel.

Por ahora va a acudir al llamado de Hernán en puntas de pie para mojarse lo menos posible, llevando toallas para esos que, repite para sí, no son otra cosa que una madre y un hijo.

Después casi va a disfrutar de la ensalada mediterránea que prepara Hernán como cena, va a lograr dormirse aunque Hernán gire dentro de su bolsa de dormir y le dé la espalda cinco minutos después de que la madre se haya metido en el camarote, y hasta va a contestar “espectacular” cuando mañana, desde el asiento del acompañante del Corsa, la madre pregunte risueña “¿Y? ¿Cómo lo pasó la dama de los jueves?”.

VEINTITRÉS

Una semana después Mariana y Christian están entrando en la cocina del dúplex.

Es mediodía.

El encuentro es para hablar de vencimientos, gastos, cuentas, y toda esa estructura doméstica que Christian manejó solo durante estos siete años pero que ahora siente como una mochila que hay que empezar a desmontar.

El único contacto que tuvieron durante los casi tres meses que pasaron —y ahora Christian se da cuenta: ya no se siente enajenado, ya no siente como si le hubieran cortado un brazo... ¿cuánto hace que ya no siente eso? ¿dos semanas? ¿diez días?— fue en el whatsapp de “Modern family”.

Christian abre la heladera, saca dos Coronas, las destapa, le pasa una a Mariana y se sienta enfrente sin decir una palabra. Mariana piensa si será que ella se había olvidado o es que Christian está más lindo y señalando las botellitas dice:

—Volviste a esta gilada. Te dije parva de veces que es un choreo, esto. Qué, ¿pegaste gata cheta?

Christian da un largo trago sin dejar de mirarla.

Por un momento es como si la estuviera viendo en su casa de Morón, frente aquella carpeta de Física que le había prestado una compañera para que él la salvara de repetir Cuarto otra vez. Un mechón de pelo mal teñido de violeta sobre el ojo derecho. Las uñas esmaltadas de negro contra las cejas crispadas por la preocupación.

Ahora los colores son otros.

El gesto es el mismo.

Pero los efectos en él, al parecer, no.

¿Puede ser que esté evaluando en términos de “pareceres” lo que siente por Mariana?

La certeza de que ella lo volvía loco, más allá de la imposibilidad de tenerla en concreto, fue el motor de su vida o al menos de su relato. ¿“Más allá” de la imposibilidad o justamente por ella? ¿Los años juntos los desgastaron o le demostraron que estar juntos nunca podría haberlos satisfechos?

—¿Y? ¿No me vas a decir nada, mulo?

La pregunta de Mariana lo trae de nuevo a la cocina.

—No te entiendo ni media palabra, Mariana —exagera y la vuelve a mirar, y le dan ganas de revolverle el pelo pero se las aguanta porque se da cuenta de que, si hiciera eso, quizás se pondría a llorar.

—Bueh... —dice Mariana en un tono entre impaciente y superado—. Te pregunto si es verdad que estás saliendo con alguien.

Christian se acuerda de golpe que todo lo de Clara fue tramado para llegar a esta escena y volver a atrapar el deseo de Mariana, pero se escucha decir:

—No.

—Ah —dice Mariana, y al verla morderse el pellejito del pulgar Christian se da cuenta que, aunque no sea consciente, está decepcionada.

Nunca va a saber si es exactamente por eso que en un arranque agrega:

—Estoy con alguien... “Salir”, no salgo con ella a ningún lado.

VEINTICUATRO

En este capítulo debería haber un estallido que convierta la vida de Christian y Mariana en un infierno.

La escena empezaría en la cocina con Mariana revolviendo todo lo que encuentra a mano. Y gritando:

—Andate de acá.

Christian tratando de acercarse sin dejar de protegerse la cara:

—Pará, Mari. Pará. Vos fuiste la que preguntó.

—Te pregunté para que me lo negaras, Chris. Estaba segura de que era un verso de Dani, que siempre le gusta armar puterío. Pero resulta que me re-descansaste. No lo puedo creer... No te reconozco, loro, ¿quién sos? Toda la vida pensando que podía confiar en vos, y resulta que

sos un pirata igual que todos. Mirá, marchá de acá porque te voy a aplicar mafia...

Christian contestando:

—¿De qué hablás, Mariana? Vos me pediste un tiempo, ¿te acordás?

—Sí, yo te pedí un tiempo *para mí*. No para que vos te engacharas con otra.

Pero no hay estallido.

La furia y las ganas de Mariana de insultar a Christian se van apagando de a poco, hasta que suspira y pregunta si en la heladera no hay otra Corona.

VEINTICINCO

Mariana da otra vuelta en el futón. Diez segundos después patear la sábana hasta hacerla un bollo y busca su celular en el piso. Ya sabe que no tiene ningún sms nuevo de Hernán. Lo que hace es volver a leer el último que dice “guardia extendida sin aviso, te mando muchos-muchos besos, ‘ta mañana, mi amor”. Es de las 23:30; ahora está empezando a amanecer. Lo elimina.

Abre el chat y va subiendo por la última conversación con Hernán. Muchos “linda”, “mi novia”, “mi vida”, un par de “zalamerito” de su parte, un exceso de emoticones de alegría y de falso pudor. Una intervención de él que dice “me llama Carmencita a comer, te mando muchosmuchosmuchos”.

Borra la conversación y se queda mirando la pantalla.

Christian nunca la llamó “mi vida”. ¿Le dirá “mi vida” a la minita que se está garchando? ¿Le diría “mi vida” Hernán a la ex antes de que se pudriera todo? ¿A quién se estará garchando Christian? ¿Será de la facultad? Y dónde más va a conocer a alguien, aquél. ¿Una “colega”, como le dice él a todas esas nerds que también dan clases? ¿Una alumna? La concha de la lora... por qué ahora le importa de nuevo lo que haga Christian. ¿Y Hernán? ¿Habrá salido de la guardia? ¿Hasta qué hora le dijo que eran los turnos la otra vez cuando le preguntó? ¿O no le contestó? A las siete sale, esa vez que se encontraron para darse un beso eran las siete y media.

“Mi vida” ...

Todo chamuyo. ¡Qué! Chabón...

Mariana busca en los contactos y toca el ícono del teléfono.

Contestador.

Llama otra vez.

Ocupado.

Otra.

Contestador de nuevo.

Cuando le cuente esta escena a Jimena, Mariana va a sentir que el mundo la decepcionó una vez más. Que no es otra cosa que un infierno poblado por mentirosos que

no saben bien para qué pero están dispuestos a sostener una ficción a costa de lo que sea.

Esta última definición, en realidad la va a escribir Jimena en su diario. Mariana lo único que va a decir es: “una mierda todo”.

Pero eso va a ser mucho después de que concrete lo que está sintiendo ahora: el impulso de vestirse y mandarse a la puerta del hospital con media docena de facturas.

VEINTISÉIS

Antes de que Mariana llegue a la puerta del hospital esta novela necesita recapitular la información sobre Hernán:

Lo que se sabe es que es pediatra y trabaja en un hospital. Baila tango, le gusta navegar y viaja bastante por congresos. Las últimas dos cosas por lo general las hace con Ariel, su mejor amigo. Lo primero, con alguna mujer, pero siempre también cerca de Ariel. Hace diez meses, una semana antes de parir a su primogénito, la esposa —una mujer quince años más joven que supuestamente había logrado que finalmente sentara cabeza— le encontró una cadena de 274 mails con una amante. Desde entonces, vive en la casa de la madre. El padre es un director de orquesta reconocido —“reconocido” lo dijo Hernán,

Mariana nunca había escuchado el apellido— que vive hace más de treinta años en Pekín. Tiene dos hermanos más grandes que también viven en el exterior: uno en Italia, el otro en Ohio. Conoció a Mariana hace siete meses. Coger con ella le encanta.

Lo que no se sabe —ni siquiera Hernán lo sabe— es que esto último es lo que le despierta ganas de decir cosas como “linda”, “mi amor”, “¿quieres ser mi novia?” “mi vida”, “cuando nos casemos” o “te amo” —lo último, en honor a la verdad, sólo cuando está a punto de acabar.

Lo que sí se sabe es que esto —no lo “último-último”, sino lo anterior— a Mariana, la confunde: aunque lo niegue a muerte, fue el motivo principal de su separación de Christian.

Hernán le hizo sentir que podía tener diecisiete otra vez.

Y ella no quiere resignarse a ser una mujer a punto de cumplir cuarenta y cinco.

¿Son mentiras las palabras de amor de Hernán? ¿Todo es culpa suya? ¿Todo es culpa de Mariana?

No se sabe.

Lo que sí se sabe es que Mariana ahora está estacionada frente al hospital y buscando el celular.

Y que era necesario recapitular la información sobre Hernán para no abrir un juicio apresurado, ahora que él

está entrando con el auto en la playa de estacionamiento para bajarse un minuto después recién bañado, dispuesto a empezar su jornada de trabajo.

VEINTISIETE

Conociendo a Mariana, ahora tendría que venir una escena en la que, ante la imposibilidad de Hernán de darle una explicación creíble, lo putee a los gritos y hasta le pegue algún roscazo.

Hernán refugiándose en la garita de seguridad del hospital. Un guardia pidiéndole a Mariana que se retire. Mariana rompiendo con su matafuego los vidrios del auto. O los focos. O al menos haciéndole un rayón con una llave. Gritándole: “nos vimos en Disney, pedazo de forro”.

Pero no.

Lo que hace Mariana es hundirse en el asiento para que Hernán no la vea mientras sube las escalinatas del edificio y saluda amistosamente a los de seguridad.

Mariana todavía no quiere perder a Hernán. O no quiere perder lo que le provoca la existencia de Hernán. Y sabe que enfrentarse con la verdad es perder las dos cosas.

Por eso espera tres minutos antes de enderezarse en el asiento y encender el auto.

Después maneja hasta el centro de día y entra enarbolando el paquete de facturas:

—¡Buenos días a todos y todas! —y le guiña un ojo al puntero desbancado.

El trabajo es lo único que por estos días logra que se olvide de que quizás se está volviendo loca. Y también será lo que la ayude a que el sms de Hernán se vuelva borroso, hasta permitirle pensar que ella es quien se confundió, si ella es un bardo, el sms ése de la guardia extendida era viejo, qué pelotuda.

Aunque la negación no le va a durar más que trece páginas.

VEINTIOCHO

Mientras Mariana se limpia el dulce de leche de la comisura y sin levantar la vista de la pantalla de la computadora le dice al puntero “están re-chetos los cañoncitos, ¿viste?”, a diez kilómetros Christian rompe la punta de la tiza contra el pizarrón y los alumnos fruncen la cara.

—Perdón —dice.

Y escucharse lo hace volver a recordar la escena de hace seis horas.

Porque es la misma palabra que le dijo a Clara antes de reprimir las ganas de hacerle una última caricia en la mejilla.

Se fue del cuarto así nomás.

Del cuarto, de la casa y de la vida de Clara, se fue.
Antes habló. Habló mucho, Christian.

Como si no le estuviera hablando a Clara, habló en realidad.

Le dijo que nunca en su vida había soñado con que una piba divina como ella le diera bolilla. Le dijo que nunca hubiera soñado tampoco, que el que iba a terminar una relación con una piba divina como ella pudiera ser él. Que adoraba la paz que sentía cuando dormían juntos. Que en eso ella le hacía acordar a alguien con quien había compartido una noche hace mucho tiempo en Puerto Pirámide. Y el sexo, también. Por supuesto que también. No que el sexo también le hacía acordar a esa chica, Paola, sino que le encantaba el sexo con ella. Eso. Que no se iba a olvidar nunca. Que toda la vida le iba a estar agradecido por haberlo salvado de caer en un pozo sin fondo cuando Mariana lo dejó.

Todo eso.

Pero que él nunca iba a poder estar al cien por cien con ella.

Porque su corazón es de Mariana.

Así de simple.

Así de increíble.

Así de cursi.

Así de extraño.

El corazón es de la Mariana de aquellas tardes de mates infernales en la casa de Morón. Y de la que crio sola a sus hijos, y a los padres de sus hijos. De la que fue su amante sin saberlo. De la que compartió con él siete años de su madurez. Y de la que hace un mes y medio le mostró que, en realidad, la madurez no existe.

Por eso, cuando termina de dar el teórico, lo que quiere hacer Christian es correr a tomar dos colectivos y caminar las cinco cuadras desde la avenida hasta el centro de día.

Imagina que este es el momento del clímax de la historia: la escena que termina con violines y besos.

Pero entre el fin del teórico y ese viaje van a pasar dos horas porque Christian tiene una reunión de toda la Cátedra con el secretario académico.

Y por más clímax que presenta, Christian nunca va a dejar de ser Christian: un hombre incapaz de no cumplir un compromiso.

En la reunión, el secretario académico bajó las últimas novedades: auditoría general, concursos suspendidos, siguen llegando refugiados de los ministerios. Después hizo una pausa y buscando los ojos de todos, dijo: “necesitamos que, con una mano en el corazón, piensen si no pueden ceder alguna dedicación”. Por un segundo Christian pensó en preguntar si alguno de los que llega-

ba tenía alguna idea de Ecología General, pero enseguida se dio cuenta de que lo mejor era hacer lo de siempre: asentir.

Ni objetar ni mostrar demasiado entusiasmo por nada: le llevó algo de tiempo y más de una cara reprobatoria, pero al final aprendió que en las reuniones de la Facultad ésa es la pose correcta. Por suerte, todos los participantes de la reunión son conocedores de ese protocolo secreto, así que cuando a los veinte minutos el secretario académico atiende una llamada en el celular todos entienden que está dando por terminado el encuentro y empiezan a salir de la oficina. De a poco, caminando hacia atrás y sin dejar de agregar comentarios hasta ganar el pasillo.

Christian, como siempre, es el último en zafar de la perorata inagotable del titular de Cátedra: le cuesta diez minutos más, pero finalmente logra llevarlo hasta la entrada del edificio y despedirse.

En el viaje repasa las palabras que tuvo en la cabeza toda la mañana: “Mariana, si nos separamos, las cosas van a ser más o menos así, mirá: yo me voy a enganchar con alguien mucho más joven. Probablemente tenga otro hijo. Probablemente a los tres años esté otra vez aburrido del matrimonio. Vos te vas a meter con alguien de nuestra edad, medio gato —acá Christian no pudo evitar

sonreírse al imaginar la cara de sorpresa de Mariana al escucharlo usar esa palabra— que te va a cagar. Te vas a separar y vas a conocer a un tipo grande, bonachón y paternal. Y a los seis meses lo vas a estar cagando también. Volvamos. Volvé. Tenemos algo que no se consigue muy seguido. ¿Que estamos aburridos? Sí. Pero enfren-témoslo juntos.”

Igual para la escena con violines va a haber que esperar porque cuando está llegando a la esquina del centro de día, Christian distingue a cinco policías que aparentan acercarse tranquilos a tres pibes que están detrás de un auto abandonado y lo que terminan haciendo es empezar a meterlos a la rastra en una furgoneta. En medio de la maniobra aparece Mariana y encara a los policías. Al final uno la agarra de un brazo y la hace subir también. Entonces Christian, en lugar de hacer algo esperable en él, como averiguar dónde queda la Comisaría o llamar a un abogado, lo que hace es saltar dentro de la furgoneta ante la sorpresa del policía que está tratando de cerrar la puerta y cuando ya prendieron la sirena.

En las tres cuadras que los separan de la Comisaría, Mariana le cuenta que el hermanito de uno de los pibes llegó corriendo al centro a buscar ayuda.

Y los pibes no paran de repetir que están hartos.

Mariana les dice que no se preocupen. Que va a estar todo bien.

Más o menos bien.

Christian la mira y se le sonríen los ojos.

Después pasan dos horas en las que Christian se entera de los detalles: los pibes estaban blanqueando una pared para repintar un mural. Que es la tercera vez en un mes que se los tapan, le cuentan. Que en cualquier momento se pudre la bocha. Que ellos se quedaron sin dónde militar. Acá Christian preguntó si les habían clausurado un local, y el pibe más grande —ya debía tener veinte pero parecía más chico que Nahuel— le explicó que el “dónde” se refería a alguna organización. Después de las elecciones no habían podido encontrar más a nadie.

Mariana todo esto ya lo sabe. Y en eso es la misma de siempre: bardo en su comportamiento individual, grandeza en su conducta colectiva.

Christian también sabe esto último y es una de las cosas que lo hicieron tomar los dos colectivos para verla, y subirse al celular.

Antes de que Mariana termine de leer lo que tiene que firmar, el subcomisario le dice:

—Y dedíquese al trabajo que tenga adentro del centro ése. Esta vez se lo aviso. Usted me entiende, señora, ¿no?

En el hall de entrada está sentado Luis aferrado al mango del bastón elegante que usa desde que se tropezó con unas baldosas rotas y casi se rompe el fémur.

Y en la rampa que da a la vereda están charlando el Chavo, Dani y Nahuel.

Cuando le dijeron que llamara a alguien que la fuera a buscar a ella y al señor que estaba detenido en la otra oficina, Mariana pensó primero en Jimena. Pero más que a la testigo de sus conflictos actuales lo que necesitaba era a los coprotagonistas de la seguridad de su pasado.

Por eso llamó a Nahuel. Nahuel nunca podrá explicar por qué, pero en estas situaciones, y aunque sabe que a esta altura de la historia él puede resolver mucho mejor cualquier cosa, sigue llamando a su padre. Y fue el Chavo el que pensó que la persona más indicada para esta situación era Luis, quien desde que pasó los setenta y cinco, y con su bastón, se convirtió definitivamente en el Yoda del clan. Dani se sumó porque Nahuel y el Chavo debatieron la idea en “Modern family”. Igual, por algún motivo misterioso, a Mariana la alegra que también esté ahí esperando el padre de su segundo hijo, y después de recibir el reto y un beso en cada mejilla de Luis, es a él a quien abraza.

Mientras ven a Christian firmando el libro de entradas, Nahuel dice:

—Ma ... Yo tengo que volver al Ministerio, pero por qué no nos juntamos todos.

—Sí, eso, forrita —dice Dani.

Entonces Christian sale también a la puerta. Uno de los policías de guardia lo saluda con un gesto de la cabeza. Pero Christian no le responde. Toda su atención está en Mariana, que está diciendo que sí, por qué no, que por ahí Christian puede hacer un asado el sábado al mediodía. Y lo mira buscando su aprobación.

A Marina los ojos le brillan.

Igual enseguida mira para otro lado: hoy es la noche libre de Hernán y estar con él es en lo único en lo que quiere pensar.

Ni se le cruza la posibilidad de que dentro de muy poco, eso mismo, pueda ser lo último.

VEINTINUEVE

Ahora es casi medianoche y Mariana está esperando a Hernán en una esquina.

Un cartonero revolea una botella vacía en dirección a otro que lo insulta desde su carro.

Mariana nota que esas agarradas son cada vez más frecuentes y más violentas, como las discusiones entre pasajeros que tratan de subir o bajar del subte o los matrazos entre supuestos pungas y supuestas víctimas en los pasillos atestados de los colectivos.

Pero ver seres humanos peleando por basura a Mariana la destroza.

También la deprimen las marchas o protestas a las que va cada tanto para cumplir con Nahuel. Porque Nahuel, a pesar de la desilusión general, milita más que nunca. Mariana sigue preguntándose de dónde le habrá salido un hijo con esa conciencia. A ella, que año a año se vuelve más punk.

En la última marcha a la que fue vio pasar a un compañero de la secundaria al que creía muerto hacía cinco años. “Pobrecito Juan Albornoz, un infarto, se quedó seco en la pileta con el hijito de seis, te das cuenta, qué espanto”, fue el relato de Jimena. Y ante la pregunta de Mariana de cómo se había enterado después de veinte años de no saber nada de ese chabón, Jimena dijo que por facebook, medio de casualidad.

A Mariana la noticia la había shockeado de verdad.

Esa noche se había despertado más de una vez para buscar el cuerpo de Christian. Le resultaba insoportable pensar que alguien con quien había tenido sexo —Mariana se había acostado con otra media docena de pibes de la escuela, pero a ése lo recordaba especialmente— pudiera estar bajo tierra. Christian la había abrazado cada vez más fuerte. No sabía bien qué había pasado entre Mariana y Juan Albornoz, pero era evidente que lo que ella estaba sintiendo esa noche estaba más allá de cualquier tipo de reclamo o celo.

Mariana siempre detestó reconocerse desamparada.

Por eso, cuando vio a Juan Albornoz pasando a diez metros suyos, y a pesar de no poder acercarse para comprobar que era él, lo primero que hizo fue escribirle un whatsapp a Jimena: “SOS UNA INFELIZ, BOLUDA :(!!! ACABO DE VER A JUAN ALBORNOZ VIVITO Y COLEANDO”.

Ahora el que está a diez metros suyo es Hernán. Arriba de su Corsa y guiñándole un ojo. Mariana cruza la calle y antes de abrir la puerta del acompañante mira hacia ambos lados: no puede sacarse la costumbre de chequear que no haya alguien conocido viéndola subir al auto de un tipo que no es Christian.

Ella todavía cree que eso es una costumbre que no se puede sacar.

Pero dentro de muy poco va a sospechar que en realidad es precaución.

Y que mujer precavida vale por dos.

Por los dos, mejor dicho.

Cuando terminó de subir al Corsa, miró a Hernán a los ojos, se cruzó de brazos y se reclinó sobre su puerta. Hernán le dio un beso en la nariz y puso primera.

Entonces le empezó a contar pormenorizadamente la detención, el rato en la oficina de los ficheros, la deci-

sión de elegir a Nahuel entre todas las personas a las que llamar, la decisión de Nahuel de avisarle, a su vez, a su padre. El comité espontáneo por su libertad —y acá Mariana largó una carcajada y lo miró buscando complicidad pero Hernán estaba concentrado en el espejo retrovisor— que se terminó armando en la puerta de la Comisaría —y acá empezó a hablar cada vez más espaciado hasta que finalmente se quedó callada y empezó a mirar por la ventanilla.

Hernán dobló en una esquina y agarró una avenida doble mano.

—Me apetece un helado de limón, ¿a vos no? —soltó de golpe.

Y sin esperar la respuesta de Mariana frenó a mitad de cuadra, y enseguida cruzaba la avenida hacia las luces de una heladería.

Mariana bajó del auto despacio, sin perderlo de vista, segura de que más temprano que tarde se iba a dar vuelta para volver por ella. O al menos para esperarla.

Pero no.

A pesar de estar en un barrio bastante sórdido.

A pesar de ser más de medianoche.

A pesar de saber que Mariana nunca aprendió a cruzar avenidas sin semáforo —ella se lo confesó casi al final de la primera cita, entre risas, mientras él le abría la

puerta del Corsa para que subiera, dos minutos antes del primer beso en el semáforo que hizo que “Ese Hernán” pasara a ser, durante seis meses “Hernán” a secas.

Hernán va derecho al mostrador de la heladería y pide.

No se da vuelta por ella.

“Le apetece un helado de limón”, y es lo único que le importa.

Entonces Mariana siente que se le aflojan las piernas.

Este es el punto de giro de la novela para ella.

Aunque cuando llegue a la puerta de la heladería le grite “eh, loro, no me esperaste, mirá que sos atrevido” y se ría.

Aunque un minuto después esté probando de la cucharita que él le ofrece para ver si también llevan dulce de leche guindado.

Aunque media hora después estén echándose un polvo en la cama que tiene Hernán en la casa de la madre.

Aunque a las tres de la mañana logre dormirse.

Para Mariana la escena del helado de limón no tiene retorno.

TREINTA

Antes de que pase el capítulo treinta y uno, y Mariana vuelva a vivir en el dúplex no hay mucho para contar.

Una segunda y última comida en la casa de la madre de Hernán. Como siempre, están el psiquiatra medio pirado y medio enamorado de la madre, y la pareja amiga del hermano con las hijas adolescentes. Porque son un clan. Tan clan como el de Mariana, solo que en éste Mariana se siente sapo de otro pozo. Y aunque sería fácil sospechar que es porque en éste son todos universitarios viajados y bilingües, lo que piensa Mariana es que está entrando a escena con la película avanzada, y el casting definido hace rato. Hernán parece feliz con que ella en-

carne el papel secundario de la dama de los jueves y disfrutar de cualquier helado de limón que le apetezca.

La historia se desinfla.

Al margen de la decisión de volver al dúplex con Christian. Mariana nunca tuvo conflictos morales: menos los va a tener ahora, en esto que es el principio del final de su vida.

La historia con Hernán se desinfla por falta de peso propio.

Los encuentros empiezan a espaciarse. Los polvos empiezan a parecerse a cualquier polvo. Los mensajes se convierten en dos cada tres días. Después, en uno cada cuatro.

No hay reproches.

No hay escena catártica.

Mucho menos, desenlace.

Bastante obvio todo.

TREINTA Y UNO

Desde la noche del helado de limón y hasta que llegó al asado en el duplex, Mariana se fue tomando de a cuartitos casi 4 miligramos de los alprazolam de Jimena. No por estar al borde de ataques de pánico como su amiga —eso sería inverosímil en un personaje como Mariana— sino para apaciguar el impulso de mandarle a Hernán mensajes como PEDAZO DE SORETE EGOCÉNTRICO, que como ya fue adelantado en la página 43, finalmente queda solo en un whatsapp para Jimena.

Abrió la reja y la puerta con su llave: la noche que se fue, Christian había insistido con que se la quedara. A cambio, lo único que le había pedido había sido la promesa de no subir a ningún tipo al auto.

Mariana había roto la promesa a los dos días: el auto de Hernán había quedado en llanta en el estacionamiento del hospital, así que fue ella quien lo pasó a buscar para ir al telo de Floresta.

Mientras subía el último tramo de escalera hasta la terraza fue descubriendo la escena: en la mesa, el Chavo repartía lo que quedaba de una cerveza en los vasos de Dani y Nahuel. Desde una de las cabeceras, Facu miraba la botella con ganas. Sofi y Vera se estaban riendo al lado de la pileta mientras Vera escurría un montón de lechuga y Sofi miraba su celular. Christian estaba dando vuelta un chorizo con una mano y con el dorso de la otra se estaba secando la transpiración de la frente. A su lado, Luis se guardaba un pañuelo que Mariana adivinó le debía haber ofrecido inútilmente para esa tarea. “No cambiás más, Chris. Vos no cambiás más”, alcanzó a pensar antes de que él la descubriera y su mirada la hiciera sospechar que en cosas como la profilaxis viral podría seguir siendo el mismo obsesivo de siempre, pero en otras se había convertido en un tipo completamente distinto.

Porque sintió un cosquilleo en la boca del estómago.

Christian le gustaba.

De nuevo.

De un modo distinto.

O por primera vez.

Mariana nunca tuvo la capacidad analítica para discernir cuál es la definición más certera. Y mucho menos la sensibilidad necesaria.

Por estas dos cuestiones es que esa tríada no se va resolver en estas páginas.

El resto de los comensales descubrieron a Mariana y las voces se yuxtapusieron saludándola con alegría. En el medio se destacaron un cariñoso “menos mal que llegaste, forrita, estamos cagados de hambre,” de Dani y un abrazo inédito de Facu que en la maniobra dejó caer su silla al suelo. “Ah, qué suerte, gatos, me esperaron”, contestó Mariana mientras daba por terminada la demostración de cariño de su hijo menor con un coscorrón mimoso. Después empezó a repartir besos torpes y cuando llegó a Christian se miró la punta de las botas.

—Hola mi vida —dijo Christian.

Mariana levantó la vista sorprendida.

—¿Birra, reina? —preguntó Luis mientras apoyaba su vaso de Campari en la mesa y le señalaba la heladerita al Chavo.

—Sip —contestó Mariana.

El Chavo sacó una botella helada y se apuró a destaparla para servirle un vaso.

—¿Qué onda? —dijo Mariana sentándose a la mesa—. ¿Corte que volvieron éstos? —dijo contenta señalando a Nahuel y a Vera.

—Má, no empecés —dijo Nahuel—. Ya te dije que es complicado.

—Sí, es complicado, Mariana —dijo Vera con tono de superada y se acercó a la mesa—. Ustedes no entienden porque son de otra generación —abrazó a Nahuel por la espalda y le apoyó las tetas.

—Che, yo lo único que pido es que comamos porque a las tres tengo que ir a buscar a Patri y a Lauti a lo de mis suegros.

—¿Cómo andan con Patri? —dijo Mariana entre interesada y contenta por cambiar de conversación.

—Bien, flaca. La verdad que bien. Yo estuve hasta las manos pero ahora estoy re pilas.

Mariana y Christian se miraron.

Cada vez que el Chavo decía una frase como ésa, a los tres días estaba metido en una caravana.

—Tiene un chi alucinante, Patri —dijo Sofi sin levantar la vista del celular.

Mariana y Christian se miraron otra vez.

Hacía rato que habían asumido que lo único que podían hacer con Sofi era seguirle el tren.

—Sof, ¿te hicieron una lobotomía en esos retiros a los que vas? ¿Vos escuchás las boludeces que decís? —dijo Facundo.

—Habla bien a tu mediahermana, boludito —intervino Dani.

—Primero: se dice “medio hermana”, pá —contestó Facu y los demás asintieron: Luis, Christian, Sofi, Vera y Nahuel incómodos; Mariana y el Chavo confundidos—. Segundo: no somos medio hermanos, somos hermanos de crianza —los demás asintieron: Mariana y Christian encantados, el resto desconcertado—. Tercero: ¿te das cuenta la contradicción de pedirme que no insulte con un insulto?

Todos se rieron.

Mariana y Christian se miraron. Al parecer Facundo por fin estaba empezando a levantar vuelo solo.

Dani levantó la panera y caminó hacia la parrilla mientras con el tono de una maestra ciruela decía:

—Primero: se pueden ir todos a cagar. Segundo: saquemos los chorizos que pica el bagre. Tercero: de acá no se va nadie hasta que ustedes dos —y el cabeceo era para Mariana y Christian— cuenten qué onda.

Mariana y Christian se miraron con esa complicidad que resiste crisis, infidelidades y rutinas.

Y dos horas más tarde, acodada en la parecita de la terraza y con la vista perdida en el techo de un auto que doblaba en la esquina, Mariana le dijo a Luis en el tono de voz más bajo posible:

—Pasa que yo me enamoré, Luisi... Pero al final resultó que el chabón no me quería.

Entonces Luis suspiró, le frotó la espalda y soltó la reflexión que está en las páginas 17, y que le dio el nombre a esta novela.

BONDI SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 2017 EN LA
CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES.

LOS LIBROS DE CLUB HEM EDITORES SON DISTRIBUIDOS POR

IMPLUSA
malisiadistribuidora@gmail.com

 **Club Hem**
EDITORES clubhem@gmail.com
FB Club Hem Editores